

que derrotó cerca de Poitiers, precisamente en medio de la vía histórica existente entre Loira y Garona, y ocupó la Aquitania y la Narbonense hasta el Ródano. Volviéndose en seguida hacia el noreste, redondeó su reino haciendo perecer gran número de jefes secundarios por violencia ó por traición, porque aquel monarca parecía formado en el molde de los verdaderos conquistadores, entre los cuales por su ambición y la magnitud de sus crímenes ocupa preferente lugar¹. Se apoderó, pues, de casi todo el territorio que lleva en nuestros días el nombre de «Francia». Sin embargo, ese vasto territorio, tan grande en comparación del pequeño reino paterno de Tournay, no presentaba la bella regularidad de un Estado bien administrado, como el del contemporáneo de Clodoveo, el gran Teodorico; muchas ciudades y distritos, si no eran independientes, estaban al menos en un estado mal definido de semi-libertad, y las poblaciones refugiadas en los valles ignorados de las montañas tenían buen cuidado de no despertar la atención. El rey no era poseedor más que de las tierras que pisaban sus guerreros. Respetuosos á pesar de todo de los civilizados, los Germanos bárbaros no pretendían en manera alguna imponer su modo de vivir y se mantuvieron apartados con cierta modestia. Se establecieron principalmente en los campos para vivir sobre sus territorios, aislados ó en grupos pequeños, lejos de las ciudades que dejaron regirse según sus antiguas costumbres². De ese modo no parece que el antiguo pueblo haya echado mucho de menos el régimen anterior; no se ve que se haya rebelado contra los nuevos amos. La fusión se hizo muy lentamente entre vencedores y vencidos.

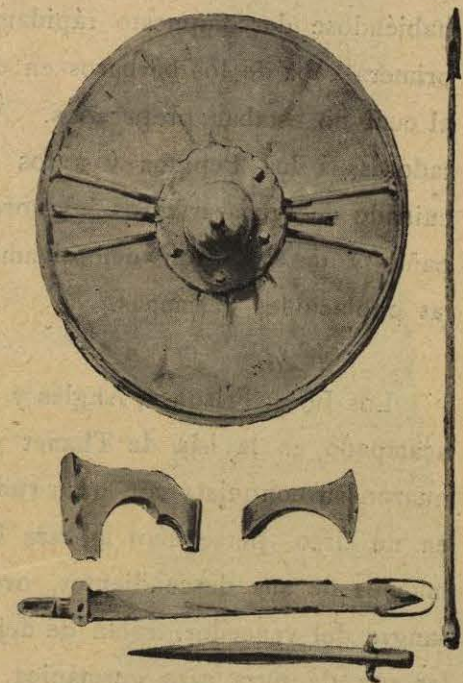
Por lo demás, el rey merovingio no tenía idea alguna de cierta unidad nacional para el conjunto de las regiones ocupadas, que no eran para él más que un grandioso botín, y cuando murió lo dividió como un tesoro de telas y de monedas entre sus hijos. Las divisiones se hacían por sorteo, y de la manera más rara, contando las ciudades una por una, sin conocer su importancia respectiva ni las relaciones económicas y políticas naturales. Así resultó en la partición de 561 entre los cuatro hijos de Clotario, Marsella fué dividida en dos, la

¹ H. Hallam, *L'Europe au Moyen-Age*, I, p. 20.

² Th. Duret, *Etudes Critiques d'Histoire*, «Revue Blanche», 1.º Agosto 1899.

ciudad de Soissons, capital de la Neustria, se encontró bloqueada, por decirlo así, entre cuatro ciudades, Senlis y Meaux, Laon y Reims, que pertenecían, las dos primeras al reino de París, las otras dos á la Austrasia¹. Los lotes se habían mezclado de una manera tan extraña, que las insurrecciones y las guerras fueron indispensables para distribuir las de nuevo de una manera más lógica: los juramentos más sagrados se convertían forzosamente en perjurios. Gracias, pues, al amontonamiento producido por continuas revoluciones, se introdujo cierto orden geográfico y demográfico en el caos de los hombres y de las cosas: á pesar de esas particiones, las monarquías francas de la Austrasia — Oster-Rike ó reino de Oriente, — de la Neustria — Neoster-Rike ó reino de Occidente — trabajaban incesantemente para equilibrarse de conformidad con las lenguas: de un lado el alemán, del otro el romance, de formación latina, contrastaban desde su origen y precisaban ese contraste de reino en reino.

Sin embargo, la primera demarcación hecha á través del país que después fué Bélgica, violó claramente la frontera natural de los idiomas, separó de Germania los Salios de Flandes para darlos á los Neustrios, é hizo entrar en ella, por el contrario, á Valones de los Ardennes, del Namurés y del Hainaut. Durante siglos, de Gante á Arras, Flandes y el Artois estuvieron reunidos bajo una misma dominación; la unidad del país se conservó á pesar del carácter bilingüe de las poblaciones, y no parece que la diferencia de idiomas hayan sido jamás causa de animosidad entre las secciones del norte y del sud².



ARMAS FRANCAS HALLADAS EN LONDIINIÈRES
VALLE DEL EAULINE
(Clérigo Cochet, *Normandie Souterraine*)

¹ Augustin Thierry, *Récits des Temps Mérovingiens*.

² H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, ps. 20 y 21.

En el conjunto puede decirse que el período llamado «merovingio», de un rey Meroveo, que tal vez no ha existido, consiste por completo en un trabajo dos veces secular de acomodación política y social entre los diversos elementos de raza que no formaban ya la Galia romana y que no eran todavía Francia. Por lo demás, la invasión de los bárbaros no había cesado: no solamente continuaba, sino que reemplazaba á generaciones envejecidas con familias enérgicas, habiéndose descompuesto rápidamente, podrido, por decirlo así, la primera capa de los bárbaros en un medio de riqueza y de lujo para el cual no estaban preparados. Á la segunda serie de los conquistadores, á los Pepinos y á los Carlos, había de corresponder el cuidado de rechazar otros invasores, los musulmanes venidos de España, y de constituir definitivamente Francia contra el empuje de las poblaciones germanas.

Los Jutes, Frisones, Angles y Sajones que en un principio habían acampado en la isla de Thanet y en la península de Kent, continuaron su conquista con gran rudeza. Encerrados en una isla como en un circo, perseguían la caza humana con un método terrible, y muchos de sus descendientes, orgullosos de llevar en sus venas la sangre del vencedor, tratan de dejar afirmado que los Ingleses actuales son de pura raza germánica. Si verdaderamente fuera así, los Bretones hubieran sido sencillamente exterminados, excepto en Cornouailles y en el país de Gales. Sin embargo, la historia no refiere esas destrucciones en masa, y los escritores patriotas han calumniado con harta ligereza á sus antepasados. Como la mayor parte de los invasores, los Angles y los Sajones han sido mucho más utilitarios que feroces: la turba de los vencidos les suministraba principalmente mujeres y esclavos; en los códigos de los primeros reinos angles y sajones de Inglaterra, el nombre de «Bretón» (Weal) se emplea para designar el sujeto á servidumbre¹.

Privada de sus comunicaciones con la Galia, y no recibiendo más inmigrantes que conquistadores y bandidos, Inglaterra decayó rápidamente en civilización y perdió toda una serie de instrumentos de

¹ Godefroid Kurth, *Les Origines de la Civilisation moderne*, t. II, p. 12.

cultura que se le habían hecho inútiles. La vida rural de los invasores germánicos no tenía qué hacer de las ciudades, y, por tanto, fueron abandonadas, y muchas, devueltas al bosque primitivo, desaparecieron bajo la vegetación; otras, sólidamente edificadas, conservaron al menos su recinto: se cita Chester que permaneció cuatro siglos sin habitantes, pero cuyos muros no fueron demolidos. Con motivo del renacimiento de la cultura, cuando la nación comenzó á reconstituirse con su aparato de civilización restaurada, las ciudades aparecieron esparcidas en la superficie del país, nacidas del desarrollo de la vida agrícola. Pero entonces se observó que existían dos órdenes de ciudades: las que habían construido los Romanos como centros administrativos y militares y que se sucedían á lo largo de los antiguos caminos empedrados, se habían despertado de su sueño, conservando hasta su nombre, desfigurado únicamente por la dificultad de pronunciación en lenguas extranjeras¹.

Esas antiguas estaciones renacían á la vida, mientras que de distancia en distancia, sobre todo al paso de los vados ó al principio de la navegación (Hull, Newcastle, etc.), se habían formado nuevos centros urbanos. Todas las ciudades del interior, nacidas antes del período minero é industrial de los últimos siglos, pertenecen á una ó á otra de las dos series (Chisholm).

Se ha discutido mucho sobre el grado de influencia que las ins-



Cl. Giraudon.

HACHA CÉLTICA DE BRONCE HALLADA
EN INGLATERRA

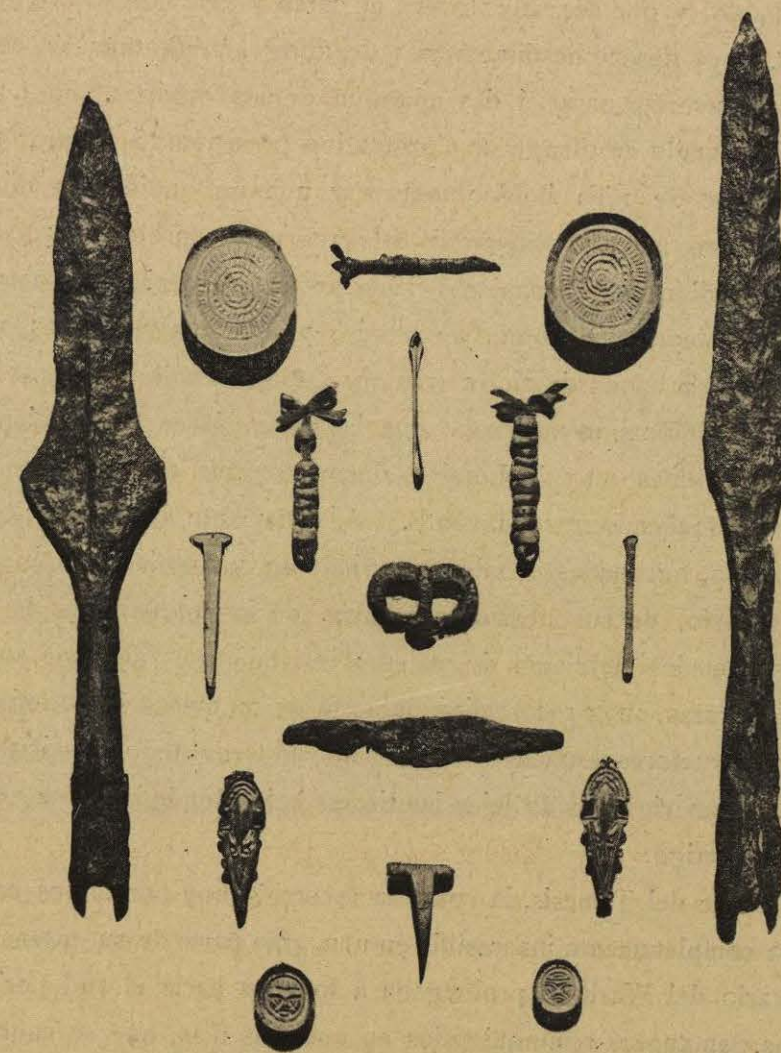
¹ Véase mapa n.º 206, p. 531, t. II.

tituciones romanas tuvieron sobre la Inglaterra de la Edad Media. Algunos autores, Seebohm en particular, consideran esta influencia como habiendo sido de importancia capital; otros, por el contrario, piensan que el poderoso genio romano no tuvo el tiempo necesario para dejar su huella definitiva sobre un pueblo de carácter original, turbado por tantos acontecimientos mortíferos, y que transformaron tantas invasiones por lenguas, modos de pensar é instituciones diversas: Sajones y Angles, Dinamarqueses y Noruegos debieron indudablemente cambiar el molde intelectual y moral de la población entera y disminuir proporcionalmente la fuerza primitiva que había ejercido la ley romana durante los siglos que contó de existencia. Sin embargo, no es dudoso que ciertos cambios operados en el mundo británico por la dominación romana tomaron un carácter constante á pesar de las invasiones y de las guerras que siguieron. A la estancia de las legiones debió Londres ser tratada por los invasores sajones como si fuera una república aliada, más bien que una ciudad conquistada. La *lex mercatoria* de Londinium no parece haber desaparecido jamás, y sus instituciones municipales no tomaron un carácter sajón. Hasta se señala una práctica judicial que sería absolutamente inexplicable si en ella se viese otra cosa que una supervivencia romana: cada «agente de la ley», *sergeant at law*, despachaba sus consultas apoyándose contra un pilar de la nave, en la antigua catedral de San Pablo: le estaba especialmente asignada para que escuchase á sus clientes, tomase sus notas y preparase los elementos de los procesos. ¿No es eso exactamente lo que hacían los *jurisperiti* romanos en el Forum, en las primeras horas del día, rodeados de sus clientes que se reunían en lugar determinado de antemano? ¿No es evidente la filiación de las costumbres¹?

La importancia futura de Londres podía ya leerse en los lineamientos de las orillas y la forma de la comarca. En primer lugar el estuario del Támesis, en el ángulo sud-oriental de la gran isla, se abre de manera que conduce los barcos de cala en cala hacia la más segura, hasta la que penetra más en el interior de las tierras. Es como una puerta ancha que, á la misma entrada de la Mancha,

¹ Laurence Gomme, *Contemporary Review*, Mayo, 1906, p. 694.

invita á las flotillas que de todos los puntos del Norte convergen hacia el estrecho. No había sitio alguno en todo el contorno de la Gran Bretaña tan bien indicado ni tan cómodo como lugar de acceso y de comercio con las tierras de la costa belga y germánica.



Museo Británico.

ANTIGÜEDADES HALLADAS EN HANNAM-HILL, CERCA DE SALISBURY

Y precisamente lo más cerca de ese puerto marcado por el vaivén del tráfico se encontraba también, en la punta de Kent, el lugar de paso rápido para los viajeros que de una orilla á la otra querían siempre tener la tierra á la vista. Las ventajas del estuario donde desemboca el Támesis eran, pues, evidéntísimas y debían contribuir en gran parte á poblar ese litoral donde acuden millones de Londo-

nenses; pero entonces eran muy raras sobre el estuario las orillas de acceso limpio y fácil, no contaminadas por playas fangosas donde los barcos ni las personas podían acercarse. Un punto de la Londres actual, el pie de la pequeña colina donde está situada la catedral de San Pablo, y que seguía entonces el curso inferior de un arroyo, el *Fleet*, cuya desembocadura servía de abrigo, presentaba las condiciones necesarias para el desembarque de los marinos. El Londinium fortificado en tiempo de Constantino presentaba á lo largo del río un frente de 1500 á 1800 metros y una profundidad la mitad menor¹, pero antes de llegar á este resguardo propicio, ¿dónde hubieran podido los extranjeros amarrar sus barcos? Arenales y cenagales defienden la ribera, y pantanos y praderas inundadas ocupan una ancha banda de tierra ribereña. Hasta en la ciudad actual la orilla meridional es tan baja, que las casas tienen sus cimientos en el agua: el aspecto de Londres demuestra que reposa sobre un pantano conquistado gradualmente. Antiguamente las habitaciones de la región, agrupadas en aldeas y villas, se construían á gran distancia del río, de sus orillas inundadas, de las praderas y de los bosques húmedos mezclados de maleza: los indígenas buscaban sobre todo las alturas, cuya roca caliza, cubierta de un musgo corto, ofrecía á los constructores espacios libres, despojados de todo obstáculo y que permitían vigilar á lo lejos las tierras bajas donde quizá se ocultaba el enemigo.

Al norte del Támesis, la comarca recorrida hoy por tantos caminos, era completamente inaccesible en una gran parte de su extensión. El estuario del Wash se prolongaba á lo lejos hacia el sud por los espacios pantanosos reconquistados en nuestros días, que se conocen bajo el nombre de *fens*, y se ramificaba en todos los valles laterales en arroyos fangosos, donde nadie osaba aventurarse. Toda la parte de la Inglaterra oriental, que comprende hoy los condados de Norfolk y de Suffolk y que limitaban al Sud otros estuarios, donde otros pantanos se multiplicaban al infinito, era en realidad una gran isla en que los invasores se encontraron mucho tiempo como encerrados antes de poder penetrar en el resto de la comarca. Londres, antes

¹ *Mitteilungen der k. k. geog. Gesellschaft*, Wien, 7-8, 1903.

de nacer, ofrecía á sus fundadores la ventaja de hallarse sobre un pedúnculo de tierras dulcemente onduladas que unían al Támesis las regiones fácilmente accesibles del interior. Las vías naturales venían á unirse en este punto á la línea de navegación del río¹.



LONDRES — LA CATEDRAL DE SAN PABLO SOBRE LA ORILLA IZQUIERDA DEL TÁMESIS

El arroyo Fleet corría á la derecha del grabado hacia la izquierda, pasaba detrás de la colina de San Pablo y desembocaba en el Támesis más arriba del puente que se ve en primer término.

Los otros estuarios del litoral inglés que se vuelven en forma de embudo hacia las costas de Alemania y de Escandinavia, especialmente el Wash y el Humber, fueron también lugares de acceso naturales para los emigrantes germánicos del litoral opuesto. La marea favorable llevaba las embarcaciones hacia el interior, y los recién venidos acababan por descubrir sobre el contorno de la bahía fangosa la arena dura ó la roca cerca de los cuales podían establecer

¹ John Richard Green, *The Making of England*.